

# FEDERICO EN KENIA



Érase  
una vez...



Era una tarde soleada en el palacio de Oriente y Federico estaba tranquilamente merendando un riquísimo bocadillo de queso en el jardín. De pronto, vio aparecer a Baltasar, que salía por la puerta murmurando.

Hola Baltasar -le dijo ¿Qué te pasa? ¿Te noto preocupado?



-Me acabo de enterar de que un niña ha perdido el regalo que le dejamos la noche de Reyes. Pero es que además se trata de un regalo muy especial.



¿Qué regalo? - preguntó Federico

-Un precioso libro de cuentos para aprender a leer.

Federico miró extrañado a Baltasar. -Bueno, es una pena que lo haya perdido pero seguro que si se porta bien sus padres le comprarán otro.





- No, Federico -le explicó Baltasar, esta niña es de un poblado de Kenia, un país de África. Su familia es muy pobre y no tienen dinero casi ni para comprar comida y mucho menos para comprar libros. Ese libro era la única forma que tenía nuestra amiga de aprender a leer...



Federico se quedó muy triste al conocer esa historia y decidió que quería ayudar a esa niña a encontrar su libro.

No dejaré que esa pobre niña se quede sin aprender a leer -pensó Federico.



-Baltasar, ¿Qué te parece si voy a Kenia a ayudar a esa niña a encontrar su libro? Puedo llegar allí inmediatamente con mi medallón mágico.





-Bueno, no sé... Baltasar se quedó pensativo. Es una buena idea pero a la vez es muy peligroso que vayas allí solo. En Kenia hay muchos animales salvajes y esta niña vive en un poblado en medio de la sabana.

No te preocupes Baltasar. Tendré mucho cuidado. Además, iré directamente al poblado de la niña y allí no me pasará nada.



Finalmente Baltasar accedió. Federico subió corriendo a su habitación para preparar sus cosas y coger el medallón. Después, volvió a dirigirse al jardín, donde le aguardaba Baltasar y se despidieron con un abrazo.



Federico agarró el medallón con fuerza, cerró los ojos y pronunció las palabras: Llévame al poblado de Yamba (que era como se llamaba la niña).





De pronto, Federico apareció frente a una pequeña chabola, hecha con con ramas, barró y paja. Miró a su alrededor y vio otras casas similares. Todas ellas formaban el poblado de la tribu Masai donde vivía Yamba.



Justo cuando iba a llamar a la puerta, salió una niña con un cántaro en la cabeza. La niña se quedó perpleja al ver al paje y le preguntó: - ¿Tú quien eres?



Hola, me llamó Federico y soy un paje de los Reyes Magos, estoy buscando a Yamba.

Soy yo -dijo la niña bastante sorprendida y un poco preocupada. ¿Por qué un paje de los Reyes Magos la estaba buscando a ella?



Federico estaba muy contento al ver que había encontrada a Yamba tan fácilmente y le explicó que quería ayudarle a encontrar su libro.





La niña no se lo podía creer. Estaba muy emocionada:  
- ¿En serio has venido hasta aquí para ayudarme? La verdad es que estoy muy triste desde que perdí el libro. Era un libro precioso y gracias a él ya estaba aprendiendo a leer algunas frases.



No te preocupes -le dijo Federico, ¡Lo encontraremos!. Lo primero que tenemos que hacer es averiguar donde lo pudiste perder. ¿Te acuerdas de cuando lo viste por última vez?



La niña se quedó pensativa intentando recordar.



-Creo que sí. Fue hace dos días. Yo había estado leyendo un rato en casa y por la tarde mi madre me pidió que fuera a buscar agua, así que metí el libro en mi bolsa, cogí el cántaro y fui a por agua. Cuando regresé, mi bolsa estaba vacía. Se me debió de caer por el camino y no me di cuenta.





Entonces lo primero que tenemos que hacer es repetir el mismo camino que hiciste aquel día para ver si encontramos el libro - dijo Federico  
¡Perfecto! -dijo la niña señalando el cántaro. Justo ahora me dirigía al río de nuevo a llenar el cántaro. Me encantará que me acompañes.



Los niños empezaron a andar y Yamba le contó a Federico que cada día ella o alguien de su familia tenía que andar varios kilómetros hasta el río para traer agua.

Federico le miraba alucinado. Él no se imaginaba que en otras partes del mundo se viviese de forma tan distinta. Pero lo que más le sorprendió es ver como, a pesar de lo poco que tenía, Yamba, era una niña muy feliz y contenta.





Los niños seguían caminando por el sendero que llevaba al río, cuando de pronto, Federico se paró en seco al ver a dos jirafas a pocos metros de ellos.

Nunca habías visto un animal salvaje, ¿verdad? -le preguntó Yamba sonriendo.



Federico negó con la cabeza. No podía dejar de mirar a las jirafas mientras éstas comían tranquilamente hojas de las copas de los árboles. Eran altísimas y preciosas.

Mira -le dijo Yamba señalando al otro lado del camino. En una pradera había un grupo de cebras que comían hierba tranquilamente.



Federico estaba maravillado cuando de pronto se dio un susto terrible al ver aparecer por detrás de unos arbustos un rinoceronte gigante. Yamba le indicó que no hiciera ruido y le llevó de la mano hasta detrás de un árbol.





Los rinocerontes son muy peligrosos, le dijo susurrando, especialmente si se asustan, así que es mejor que no nos acerquemos y sigamos nuestro camino en silencio para que no repare en nosotros.

Los niños continuaron su camino en silencio hasta que se alejaron del rinoceronte.



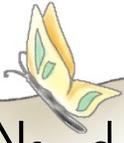
Federico observaba con atención los magníficos animales que iba descubriendo en su camino: Gacelas, ñus, antílopes... Hasta que de pronto Yamba se paró y le indicó que no hiciera ningún ruido. Entonces levanto el brazo y señaló la copa de un árbol cercano.

Federico levantó la vista y casi se muere del susto cuando descubrió que sobre una rama había un leopardo durmiendo plácidamente.



Federico ya iba a empezar a correr cuando Yamba le agarró fuertemente:





No debes correr -le dijo susurrando. Si un depredador te ve correr pensará que eres una presa, como una gacela o un antílope y querrá cazarte. Debemos alejarnos sigilosamente.



Los niños se alejaron del leopardo sin hacer ningún ruido y continuaron su camino. Ya podían ver a lo lejos el río Mara.



Al pasar a lado de unos arbustos, algo llamó la atención de Federico. Había algo entre la hierba pero como era tan alta no conseguía distinguir de qué se trataba. Se acercó con cautela y ya de cerca comprobó que efectivamente se trataba de un libro.



¡Es tu libro de cuentos! - gritó emocionado el paje.  
La niña corrió a su lado y cogió el libro  
-¡Qué ilusión! Muchísimas gracias Federico - dijo Yamba abrazando al niño ¡Lo has encontrado!





Mientras los niños se abrazaban y celebraban que habían encontrado el libro, un mono se acercaba a ellos sigilosamente. Cuando por fin lo vieron, el mono ya había agarrado el libro y subía rápidamente por las ramas de un árbol.



Devuélvenos el libro mono travieso - gritaban los niños mientras veían como el mono saltaba de un árbol a otro con el libro.



Los niños corrían, intentando seguir al mono que se alejaba entre los árboles. De pronto Yamba tuvo una idea y sacó un plátano de su bolsa.



¡Mira monito! -gritó sacudiendo el plátano para que el mono lo viera. Después, lo dejó cuidadosamente en el suelo.





El mono, al ver el plátano, empezó a acercarse despacio, y cuando ya estuvo lo bastante cerca, soltó el libro para poder coger la fruta. Federico aprovechó para coger el libro y alejarse del mono, que en cuanto tuvo el plátano en sus manos se escapó saltando por los árboles.

Ahora sí, los niños ya tenían el libro.



-Ya sólo nos falta llenar el cántaro en el río y podremos volver - dijo Yamba. Será mejor que cojamos el agua en esa zona, esa del otro lado es muy peligrosa, está llena de cocodrilos e hipopótamos.

Los niños siguieron andando hasta la zona del río más segura y cuando llegaron Yamba se agachó para llenar el cántaro de agua.





Mientras, Federico disfrutaba del paisaje. En el otro lado del río, no sólo pudo ver enormes hipopótamos y aterradores cocodrilos tumbados en la orilla, sino que también pudo distinguir a una familia de leones bebiendo agua ¡Sin duda era impresionante!



Ya con el cántaro lleno de agua los niños emprendieron el camino de regreso a la aldea. Como siempre, Yamba iba muy atenta a todo lo que había a su alrededor. Ella ya estaba acostumbrada a estar siempre alerta de cualquier peligro.

Cuando ya estaban a punto de llegar a la aldea, oyeron un fuerte ruido a sus espaldas. Ambos se giraron y vieron cómo una enorme manada de elefantes cruzaba el camino por el que ellos acababan de pasar.





Federico todavía no podía creer todo lo que le había pasado ese día. No sólo había conseguido su propósito de ayudar a Yamba y encontrar el libro, sino que había descubierto un lugar impresionante, lleno de animales salvajes que hasta entonces sólo había visto en los libros y en las pelis.



Cuando llegaron a la aldea, los niños se despidieron con un fuerte abrazo. Ambos lo habían pasado genial y se habían hecho muy amigos.



Después, Federico agarró el medallón y pronunció las palabras: "Llévame al palacio de Oriente" y a los pocos segundos apareció de nuevo en el jardín del palacio donde Baltasar le esperaba ansioso desde hacía rato.





-Qué bien que ya estés de vuelta -le dijo Baltasar. Me tenías preocupado.  
Ahora mientras cenamos me cuentas cómo ha ido todo.

Y colorín colorado, este cuento encantado se ha acabado.

FÍN.









*Cartas Encantadas*